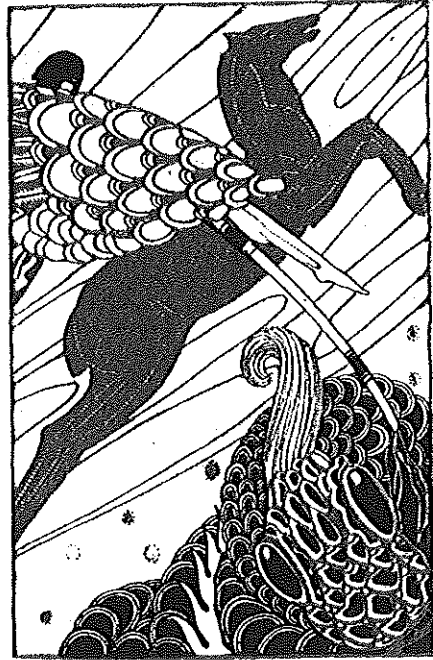
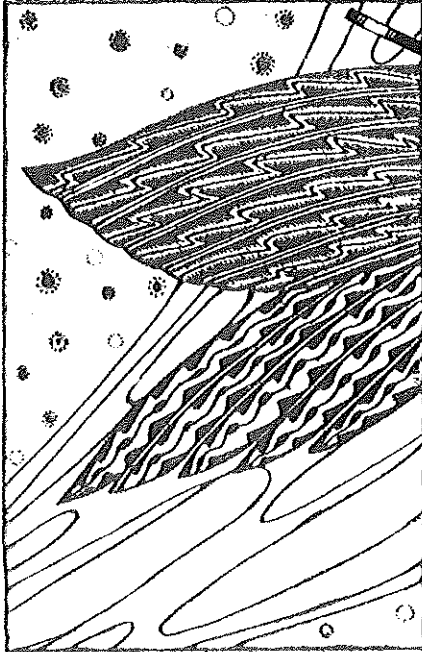


**LLANOS DE ESCUDERO II. UNA CISTA DE LA EDAD DEL BRONCE
EN LAS BARDENAS REALES DE NAVARRA.**

Jesús Sesma Sesma y M^a Luisa García García.



Llanos de Escudero II está situado en las Bardenas Reales, comarca localizada en el extremo SE de Navarra. Dentro de ésta, hay que encuadrarlo con más precisión en la franja oriental de la llanura de la Blanca Baja, entre la frontera con Aragón, de la que dista apenas 650 m., y el Polígono de Tiro de las Bardenas. Sus coordenadas de localización son las siguientes: x 631.924, y 4.669.357. Su altitud sobre el nivel del mar se sitúa entre 338 y 355 m. (Figura 1)

El nombre del yacimiento proviene del corral ganadero cercano, una construcción moderna de bloques de hormigón y ladrillo en desuso¹. En la actualidad el terreno lo ocupan campos de labor cerealistas en progresivo abandono, sometidos a un intenso pastoreo y

colonizados por un ontinar-sisallar poco denso. En las laderas incultas y espacios que nunca han sido roturados se dan formaciones de espartal (sobre suelos limosos) y romeral (sobre suelos más estables de carácter pedregoso).

Se trata de un terreno de morfología llana, como indica el topónimo, salpicado por escasos y dispersos cerros testigo, que se presentan en avanzado estado de desmantelamiento por la erosión (Figura 2). Las zonas llanas se encuentran constituidas por arcillas y limos en los que se abren barrancos de escaso desarrollo. En los cerros subsisten capas de areniscas de escaso espesor (no superan el metro) y más raramente finos estratos de yeso y calizas.

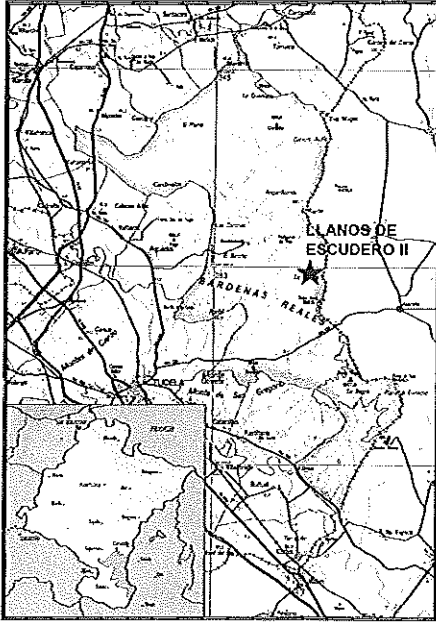


Figura 1. Localización de Llanos de Escudero II en las Bardenas Reales de Navarra.

Esta estructura geológica se data en el terciario continental (burdigaliense-aquitaniense)² y se extiende por toda la Blanca Alta y la mitad oriental de la Blanca Baja, conformando el característico paisaje bardenero de la zona del Polígono de Tiro.

Antes de proceder a la descripción arqueológica de los restos, es preciso hacer una breve introducción geológica que permita comprender las características del emplazamiento elegido por el hombre prehistórico y sobre todo las condiciones en que éste ha llegado hasta nuestros días.

En repetidas ocasiones se ha señalado como el actual relieve de las Bardenas está marcado por la erosión, condicionada a su vez por factores naturales como la litología, la estructura de los materiales geológicos, el clima, etc. (Elósegui, J. y Ursúa, C. 1991: 23; Iturbide, J. 1999: 32 y ss.). A éstos debería sumarse el papel, todavía no bien ponderado, de la intervención antrópica, que ha venido propiciando la degradación cíclica de la cober-

tura vegetal (Iriarte, M^a. J. 2001). La alternancia de litologías de distinta dureza, en las que predominan los materiales blandos (arcillas en este caso, pero también yesos en otras ocasiones), y la disposición subhorizontal de los estratos ha permitido a la erosión actuar produciendo la actual depresión de la Blanca. Destacan en ella una serie de cerros testigo (que reciben el nombre de *cabezos* en la toponimia local), montículos de arcilla preservados de la erosión a causa de la presencia en su coronación de un nivel de mayor dureza. Estos remates de arenisca presentan una cierta permeabilidad, a diferencia de las arcillas infrayacentes, lo que hace que el agua de lluvia que se infiltra salga por el contacto con las arcillas de base, provocando una erosión mecánica de los materiales blandos y el consecuente socavamiento de las cornisas. Esto hace que la cima de los cabezos vaya retrocediendo en su superficie a causa de los desplomes de los bloques de arenisca, que se desplazan ladera abajo (por mecanismos de volcado, rotación, deslizamiento sobre una superficie plástica, etc.), produciéndose paralelamente acumulaciones de ladera de materiales finos que engloban los citados bloques y que contienen materiales arqueológicos redepositados³.

Los restos arqueológicos descubiertos.

Los restos arqueológicos se localizaron en enero de 1991 por quienes suscriben, en el contexto de un programa de prospección sistemática de las Bardenas Reales desarrollado durante los años 1986-1991, dirigido al estudio de la evolución del poblamiento en la



Figura 2. Vista de la situación del yacimiento.

zona. En el transcurso de las prospecciones se identificaron 267 yacimientos arqueológicos desde el Neolítico a la Edad Media. Los trabajos serían complementados por el Inventario Arqueológico de Navarra durante 2003 en las zonas no prospectadas inicialmente.

Dado el avanzado estado de erosión del yacimiento, y en especial el de la estructura funeraria que más adelante se describe, se solicitó a la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra, el permiso para llevar a cabo una excavación arqueológica de urgencia, a fin de documentar los restos arqueológicos antes de su total destrucción⁴.

El conjunto de Llanos de Escudero II se compone de dos tipos de evidencias:

- Los restos de un hábitat prehistórico, ubicados en posición derivada en una formación de ladera, a la que denominaremos Conjunto 1. Su formación y evolución es como se describe a continuación.

En origen la ocupación debió situarse en la ladera E y/o la cima del cerro, una pequeña elevación que emerge aproximadamente 20 m. sobre la planicie circundante. Este montículo presenta un grado de evolución medio-avanzado, dentro de un proceso erosivo tipo (Sopena, M^a C. 1998: 61 y ss.): todavía puede adivinarse la estructura original, pero su plataforma superior se encuentra casi totalmente desmantelada y no alberga sedimento en ella. La cumbre se presenta coronada por bloques de arenisca inclinados, en proceso de desplazamiento, si bien la mayor parte de su superficie ha desaparecido debido al fraccionamiento del sustrato duro y su caída por los taludes, especialmente hacia el W y SE. Esta pérdida de superficie hace difícil establecer las dimensiones originales de la plataforma que coronaba el cerro. Actualmente presenta unas medidas extremas de 15 x 12 m., si bien, calculando la situación de las formaciones de ladera, podemos aventurar entre 48-50 m. originalmente en dirección N-S.

Hacia el E y SE se extiende una formación en cuña de materiales blandos que contienen material arqueológico (cerámicas, sílex, cantos quemados, etc.) y que presenta intercalados bloques de arenisca en diversos estado de disgregación, procedentes de la cima. Esta acumulación ha sido acarcavada en la parte superior por la incisión lineal, perdiendo el perfil original de la formación de ladera; en su base, la erosión ha lavado el sedimento fino haciendo aflorar los materiales arqueológicos, que han sido dispersados finalmente por la roturación.

Existen también formaciones de ladera hacia el N y W, si bien no contienen material arqueológico alguno.

En el sondeo practicado en la zona media de la ladera se detectó un relleno de 10 cm. que contenía materiales arqueológicos (pequeños y muy rodados fragmentos de cerámica y carbonillos diminutos), pero sin indicios de niveles intactos o estructuras. Tampoco se aprecian elementos in situ en los bordes de la formación de ladera seccionados por la erosión.

En la zona basal del cerro, en todo su perímetro meridional, se reconocen materiales arqueológicos fuera de su contexto original, formando en ocasiones pequeñas acumulaciones. Generalmente se asocian a losas de arenisca, que en varios casos aparecen rubefactadas por el fuego. Se identificaron en prospección un total de 6 conjuntos que se cartografiaron y recogieron individualizadamente. Resulta complicado, sin una intervención más profunda, determinar si estas asociaciones corresponden a antiguas estructuras destruidas por la erosión, que se hallarían más o menos in situ, o se trata de materiales arrastrados en un paquete desde la cima y posteriormente lavados, como hemos apreciado en otras ocasiones en las Bardenas. De todos estos conjuntos, hay que destacar los denominados 2 y 5 que seguidamente se describen:

Conjunto 2: Lo constituían tres losas hincadas, dos de ellas formando ángulo recto,

lo que dio pie a considerarlas como parte de una estructura sepulcral. Se recogieron en su interior dos laminitas de sílex. Se practicó un sondeo que resultó infructuoso, por carecer de niveles arqueológicos y porque la losa meridional quedó colgada a escasa profundidad.

Conjunto 5: Estaba formado por una acumulación de cerámicas en apenas 1 m², de las cuales varias correspondían a un mismo recipiente, y se acompañaban de una mancha de carboncillos.

- Una estructura funeraria. En el momento de descubrirse se reconocía perfectamente una cista constituida por 4 losas de arenisca hincadas y agrietadas (Figura 3). Alrededor se apreciaba una acumulación de piedras areniscas asomando, que correspondía a los restos de un túmulo de morfología indeterminada y escasa elevación, colonizado por espartos y afectado por una torrentera.

La excavación exhumó la morfología original de la sepultura, descubriendo que el túmulo se hallaba totalmente perdido en sus

flancos N y W y parcialmente en el S. (Figura 4.1 y Figura 5)

En el centro del túmulo se halló la cista, de planta rectangular con una superficie de 0,78 m² (de 1,05 x 0,75 m.), orientada en dirección NNW-ESE (352° al NNE). En origen ya se hallaba sin losa de cubierta y no apareció rastro alguno reconocible de ella ni en su interior ni en sus alrededores.

Las cuatro losas que formaban la cámara estaban muy fisuradas, especialmente la oriental y sur. Como se hallaban incrustadas en el suelo arcilloso, se calzaban al interior mediante pequeñas cuñas de piedra pegadas a las losas en los lados N y E. En el ángulo SW la losa principal se completaban con dos más pequeñas para cerrar el conjunto por completo.

El sedimento del relleno de la cámara se componía de un único nivel de tierra arenosa, similar a la arenisca desintegrada, cuya potencia ascendía a 15 cm. En la base de la cámara, a modo de suelo, se disponía una losa



Figura 3. Aspecto del sepulcro en el momento de descubrirse.

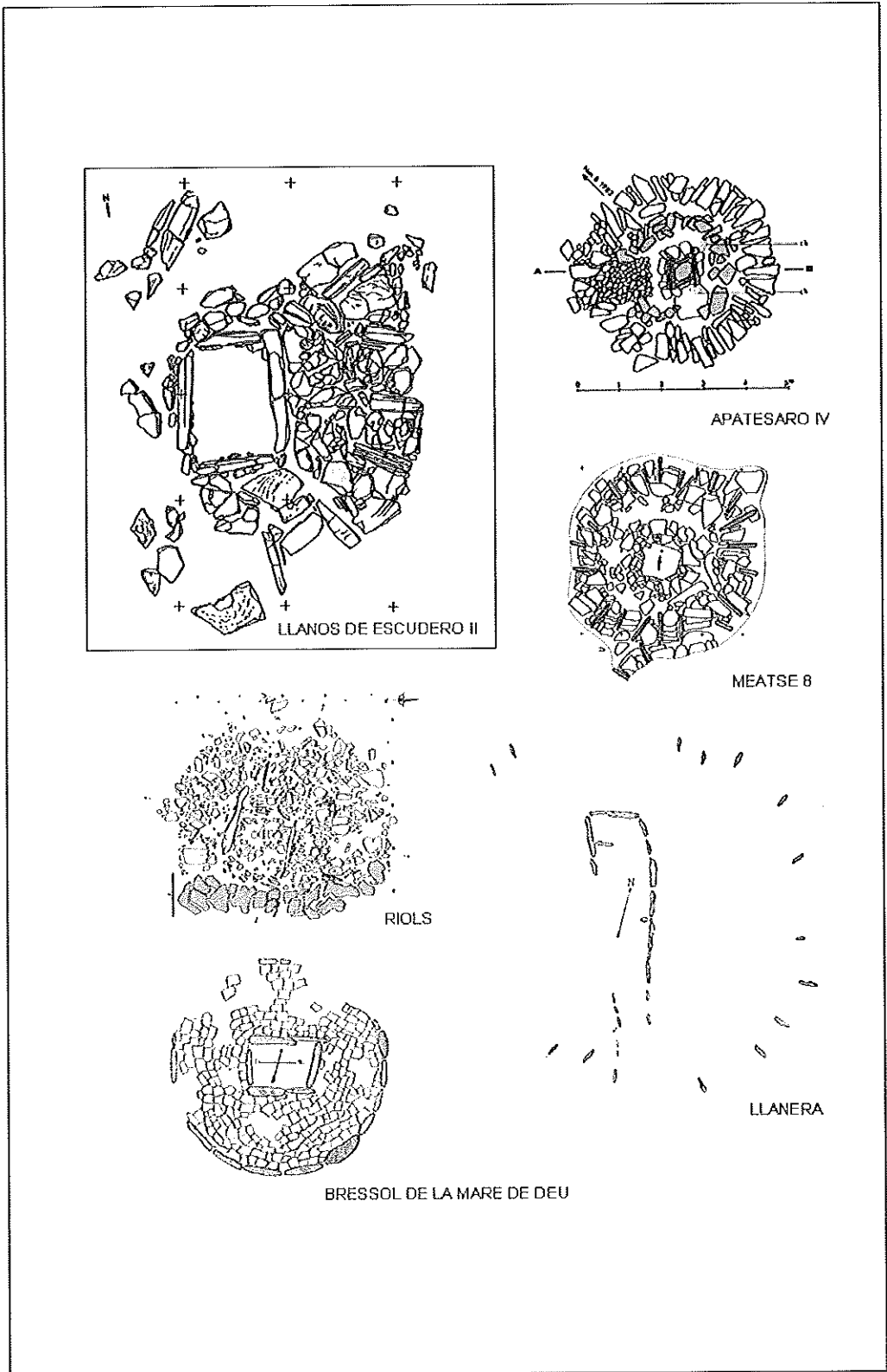


Figura 4. Planta del sepulcro de Llanos de Escudero II y de otros análogos.



Figura 5. El sepulcro tras la excavación. Se advierte la zona perdida hacia la derecha (oeste).

de arenisca local totalmente cuarteada (Figura 6). Dada su fragmentación, se levantó esta pieza irrecuperable, en búsqueda de algún elemento que permitiera establecer siquiera una secuencia cronológica u obtener algún material datable, lo cual resultó en vano.

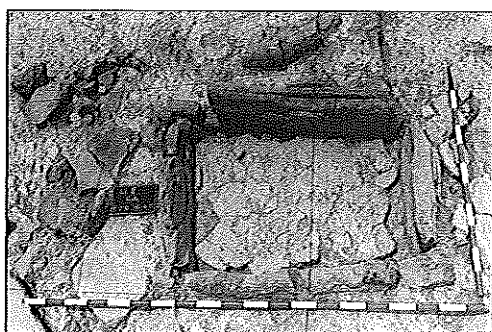


Figura 6. La cista tras su excavación con la losa de base.

En el interior se recuperaron restos de lo que interpretamos como un ajuar funerario, que se componía de 11 fragmentos de un mismo recipiente de perfil casi completo, situado formando un conjunto en la zona cen-

tro meridional de la cista (Figura 7. 1). Estas piezas no se hallaban en conexión ni en la base de la estructura, sino revueltas y faltando algunos fragmentos, por lo que sospechamos que su disposición debe ser fruto de remociones acaecidas en época indeterminada. Junto a este vaso se encontraron cuatro pequeñas cuentas discoideas de collar en concha durante el cribado del sedimento, a las que se hay que sumar otra en la misma zona desplazada bajo la solera (Figura 7. 2). Por otra parte, pegado a la cista en su ángulo SE aunque fuera de ella y prácticamente en superficie (en el cuadro 7E), se recuperó también un fragmento de pared carenada. (Figura 7. 3)

No se obtuvo ni el más mínimo fragmento de hueso o resto de incineración que permitiera conocer el ritual empleado. A la espera de que los análisis de los niveles de ph del sedimento así lo indiquen, creemos que esta ausencia puede deberse a dos motivos quizás concurrentes:

a) La naturaleza especialmente arenosa del suelo de la zona, que pudo haber descom-

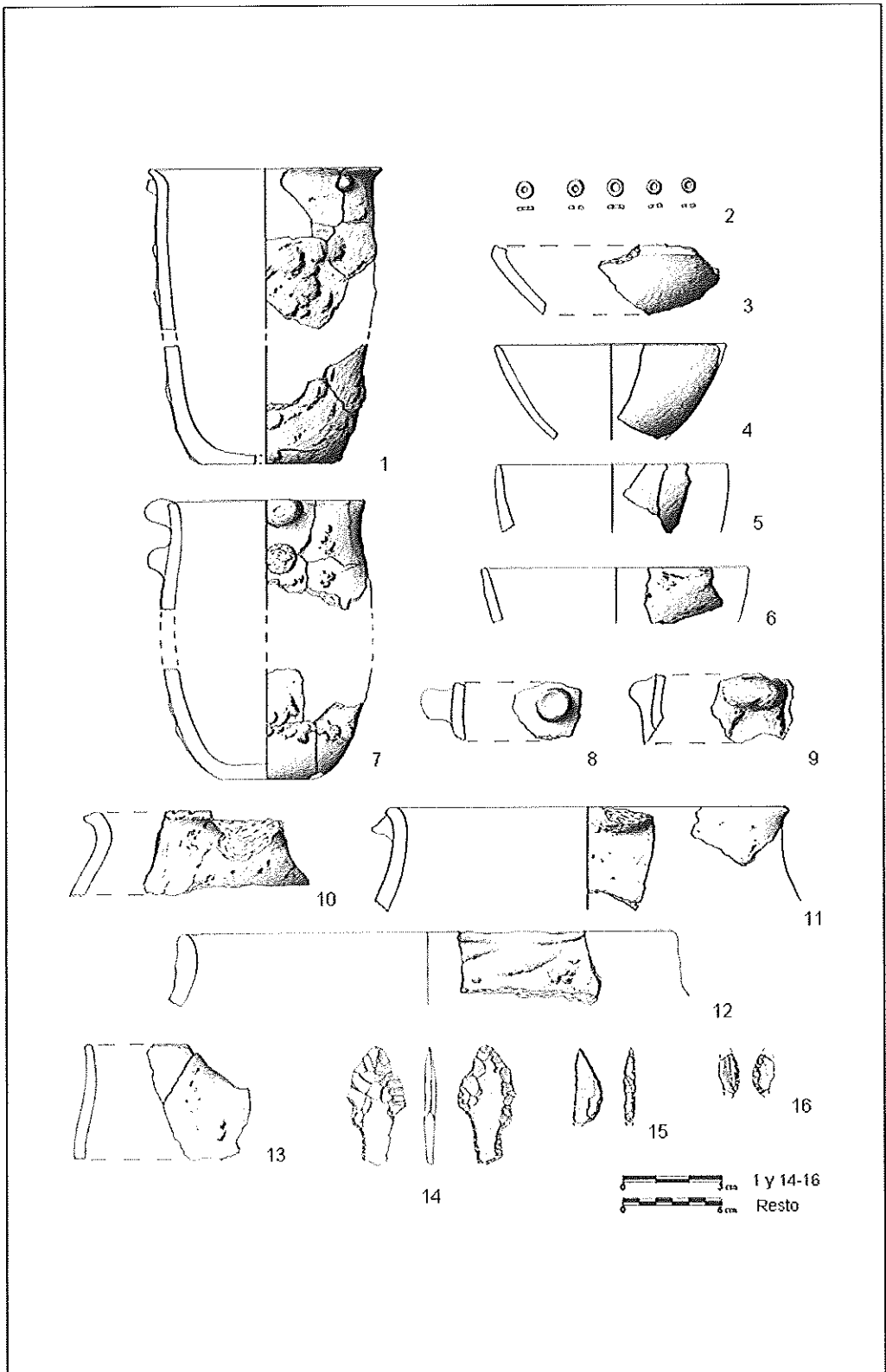


Figura 7. Materiales arqueológicos recuperados.



Figura 8. Vista del sepulcro tras la excavación con detalle de las losas hincadas radialmente en el túmulo.

puesto la materia orgánica, según un proceso ampliamente documentado en ámbitos litológicos de este tipo (Butzer, K.W. 1989: 113).

b) La violación de la sepultura. En este sentido debe destacarse que la cista se encontraba sin tapa, que salvo el conjunto antes citado de materiales, en el resto de la cámara nada se halló y que sobre el túmulo se recuperó la pieza cerámica citada, única de todo el túmulo, que por su ubicación pudo proceder, junto con otras perdidas por la erosión, del vaciado de la cámara.

Respecto al **túmulo**, se compone de una capa de enlosado de areniscas de diferentes tamaños, aunque se distinguen en él dos elementos constructivos diferenciados que le confieren una estructura peculiar:

- Una corona exterior definida por una sucesión de losetas de arenisca de tamaño medio (0,60 m. de longitud como máximo) equidistantes, hincadas radialmente (Figura 8). Se conservan únicamente seis de ellas, habiéndose perdido el resto. Los espacios intermedios se rellenan con una base enlosada de una o dos lajas de arenisca de tamaño medio (la mayor de ellas ofrece unas dimensiones de 0,50 x 0,35 m.) y piedra picada con tierra sobre ellas. Dada su disposición regular, estimamos que en origen debió disponer de 14 losas de este tipo. Son las piezas centrales de los lados largos de la cista las que se sitúan

perpendiculares a ésta y las que marcan por tanto el ritmo de colocación de las restantes.

- Un círculo de losetas que rodearía totalmente la cista concéntricamente, si bien en la actualidad se halla perdida en gran parte y únicamente perviven 5 piedras dispuestas sobre su lado más largo. Se encuentra embutida en mitad del túmulo, a una distancia media de 0,60 m. de la cista. En algunas zonas del túmulo las losas de este círculo se colocan intercaladas entre las piedras hincadas, si bien en otros son tangentes a la corona exterior. El cordón intermedio con la cista está constituido por un enlosado sobre el que se acumulan en desorden pequeñas piedras mezcladas con tierra.

En las zonas perdidas del túmulo⁵ se apreciaban pequeñas piedras hincadas pegadas a las losas occidental y meridional de la cista en toda su longitud, completando su sistema de calce por el exterior.

En definitiva, se trata de un túmulo bajo, pues apenas sobresalía 0,45 m. sobre el suelo natural, constituido por una base enlosada, con dos mecanismos para conferirle estabilidad (un cordón intermedio a modo de peristalito y una corona de losas hincadas radialmente), que alberga en su interior una cista rectangular. A expensas de que todavía pudiera presentar algún otro elemento hoy en día perdido, lo cual no parece probable dado que el perímetro conservado es bastante homogéneo y parece el original, se puede reconstruir un diámetro máximo para el monumento de 3,60 m. Más dudosa es la planta que pudo tener, pues la parte conservada apenas alcanza el 40% del total. No obstante, nos inclinamos por la forma ligeramente ovalada, acomodando su perfil al de la cista situada en el centro, a la que envolvería de forma regular, dando como consecuencia una forma más alargada en sentido N-S.

El material empleado en la construcción es la arenisca local, de tonalidad pardo-grisácea, grano grueso y cemento carbonata-

do, que aflora en forma de paleocanales en el entorno del yacimiento y en la propia cima del cerro. Esta última característica y su disposición en estratos de no demasiado espesor (de 10 a 30 cm.), y por lo tanto cómodamente trabajable, la hacen aprovechable sin demasiadas dificultades. Sin embargo es atacada fácilmente por la erosión, según se describe más adelante, por lo que no aguanta la exposición prolongada a los agentes atmosféricos que provocan su ruina.

Los materiales recuperados.

Se describen materiales recuperados en prospección y excavación, de acuerdo con los conjuntos descritos en el apartado anterior.

Dentro del *conjunto 1* el material se presenta muy fragmentado y alterado (con frecuente pérdida de la superficie interna), debido al arrastre sufrido y a la erosión. Consta de un lote de 139 fragmentos de cerámica, en la que se identifican los siguientes perfiles⁶:

- Cuencos semiesféricos de superficies de la forma 1 (Figura 7, nº 5 y 6).

- Recipientes globulares cerrados con el borde diferenciado vertical o ligeramente curvado, posiblemente de la forma 9 de cerámica pulida. En ocasiones pueden presentar labio con engrosamiento exterior e impresiones de instrumento en el labio. Es la forma más frecuente con 7 fragmentos. (Fig. 7, nº 10, 11 y 12)

Hay fragmentos de pared con recubrimiento de barro plástico, pero son escasos. Los fondos son planos, como lo atestiguan dos pequeños restos.

La industria lítica, aunque limitada en número (81 piezas), cuenta con rasgos peculiares que la alejan de los contextos de las etapas finales de la Prehistoria Reciente y le confieren un cierto aire de arcaísmo. Se distingue un lote de 14 láminas y laminitas y 8 piezas retocadas: dos lascas con retoque simple, una

lámina con retoque marginal, una lasca con muesca doble, una punta de flecha de retoque plano con pedúnculo ancho (Fig. 7, nº 14) y dos segmentos de círculo (uno completo de retoque abrupto y otro fragmentado en doble bisel) (Fig. 7, nº 15 y 16). El sílex empleado es en su totalidad de tipo evaporítico, por tanto de origen autóctono, de grano fino y con una fuerte pátina blanquecina de alteración.

En esta zona se recuperó también un pequeño fragmento de malaquita y otro de molino de mano de vaivén sobre molasa rosácea.

En el *conjunto 5* las cerámicas son la única evidencia. Constan de un total de 102 fragmentos, de los que 37 corresponden a un mismo recipiente, que se encuentra intensamente erosionado. Los perfiles identificados son:

- Un vaso con recubrimiento de barro plástico de la Forma 3c. Tiene fondo plano y dos pezones junto al borde enfrentados verticalmente (Fig. 7, nº 7).

- Un cuenco de superficies pulidas, hemisférico hondo de la Forma 1 (Fig. 7, nº 4).

Resulta significativa la presencia de apliques plásticos de tipo mamelón (cuatro fragmentos) (Fig. 7, nº 8 y 9) así como la inexistencia de otras variedades de decoración plástica (cordones, etc.).

En el *conjunto 6*, es decir la sepultura, se recuperó únicamente el material citado: un vaso con barro plástico adscribible a la forma 3, de fondo plano y borde poco desarrollado curvado abierto, con labio de tendencia apuntada y un mamelón bajo él. El ajuar se completaba con las cuentas de collar antes descritas. En el exterior, dentro del primer círculo de enlosado, se recogió un fragmento de pared carenada.

El resto de conjuntos consta únicamente de fragmentos de paredes cerámicas, en número de 86, por lo que no nos detendremos en una descripción que nada añade a lo comentado.

Valoración y cronología.

Resulta complejo afrontar una valoración ajustada de los hallazgos efectuados en Llanos de Escudero II, debido tanto a las alteraciones postdeposicionales que han llevado a la práctica destrucción del hábitat original y al grave deterioro sufrido por el monumento funerario, como a lo limitado de las evidencias muebles recuperadas. Debe precisarse además que no se dispone de dataciones radiocarbónicas del hábitat o el sepulcro, al no haberse hallado material orgánico alguno susceptible de este tipo de análisis.

El primer problema que se plantea es el de la interpretación funcional de un monumento, previsiblemente funerario, pero del que no se conserva ningún resto de esta naturaleza. Ya hemos señalado anteriormente las razones que podrían aducirse al respecto.

Otra cuestión es el contexto cultural de este monumento una única cista asociada a un lugar de habitación.

Los casos de estructuras tumulares semejantes, con o sin cista, son ciertamente escasos en el norte peninsular y en general se atribuyen a un momento avanzado de la Prehistoria Reciente, la Edad del Bronce, cuando dejan de construirse los grandes monumentos megalíticos y comienza a documentarse la inhumación individual (en cistas, fosas, etc.), sustituyendo y/o conviviendo con el tradicional ritual colectivo megalítico (Delibes de Castro y Rojo Guerra, M. 1997: 411).

Dada la arquitectura de la cámara y pese a no haberse recuperado restos humanos, no cabe duda de que debió tratarse de un sepulcro concebido en origen como tumba

para un único individuo, una auténtica cista según los parámetros señalados por T. Andrés⁷. Se cubriría mediante una tapa también de piedra, que no ha llegado hasta nuestros días, lo que permitía un fácil acceso. En este sentido, debemos recalcar que al dotarse de un túmulo plano éste no hacía la cista totalmente impracticable, por lo que no impedía el acceso para su reutilización, rituales posteriores, etc.

Para algunos autores que analizan este tipo de manifestaciones funerarias, se trataría de sepulcros concebidos para no ser reutilizados (Tarrús i Galter, J. 2002: 856). Sin embargo en los pocos casos en que se han podido excavar contextos más o menos intactos en nuestro ámbito geográfico, la realidad se muestra heterogénea. Existen casos de inhumaciones sucesivas, aunque dada su reducida capacidad o acaso su carácter singular, o quizás por ambas razones a la vez, el número de individuos inhumado es exiguo. Así, en la cista del Alto de las Campana (Rincón de Soto, La Rioja), se citan dos inhumaciones en conexión anatómica y otros restos óseos, sin determinar número mínimo de individuos, hallados en una esquina (Marcos Pous, A. 1970). Riols I (Mequinenza, Zaragoza) se califica como necrópolis, aunque sólo constan dos cistas: la nº 1, saqueada en gran parte, deparó el hallazgo de un único individuo joven, sin que quede claro si se trataba de una inhumación simple o doble (Royo Guillén, J. I. 1987: 34); la tumba 2 ofreció dos niveles con restos humanos, si bien los huesos no conservaban su posición original, por lo que podría tratarse de inhumaciones secundarias o de remociones antiguas del terreno (Gómez, F.; Rey, J. y Royo, J. I. 1992, pp. 52-53). La cista de Vall de Miarnau (Llardecans, Lérida) es un buen ejemplo de inhumación individual, con un enterramiento primario único de un varón de edad senil (Morán, M.; González, J. R. y Prada, A. 2002: 44).

Otro aspecto a tener en cuenta es el número de sepulturas detectadas, ya que difícilmente puede hablarse en el valle del Ebro

de necrópolis en sentido estricto formadas por cistas: no se dan agrupaciones al estilo de las detectadas en el Bajo Alentejo y Algarbe, como Atalaya, Monchique, Pessegueiro o Quiteria, que caracterizan el Bronce del Suroeste (Schubar, H. 1964), o la Baja Extremadura, donde junto a cistas aisladas se conocen grupos como los de Las Palomas, Usagre, Brovales y Villagordo (Gil Mascarell, M. et alii. 1986: 35). En la Meseta Norte también se detectan algunas agrupaciones, como las cinco de Salvatierra de Tormes (Salamanca) (González Alcalde, J. y García Navajo-Ubierna, I. 1996) o los diez túmulos (con o sin cista) de Aldeagordillo (Fabián García, J. R. 1992), en lo que sería una extensión del horizonte de cistas atlántico hacia el interior peninsular.

En conjunto, pensamos que en el caso del valle del Ebro debe de tratarse de enterramientos singulares, que quizás se acompañarían de sepulturas bajo otras formas funerarias más difícilmente detectables (en fosas), y que se sitúan junto a hábitats, pero no en su interior. Esta relación hábitat-sepulcro es innegable en el caso de Llanos de Escudero II, como se ha descrito, aunque no existe en rigor certeza de la coetaneidad. Tampoco se puede asegurar en Riols I donde la discordancia con la cronología del poblado cercano (Neolítico Antiguo-Final) es manifiesta. Son más de 1.500 años de hiatus ente uno y otro, si bien debe tenerse en cuenta que lo excavado del poblado es muy poco y que este tipo de hábitat prehistóricos deparan en superficie evidencias exiguas y de compleja atribución cronocultural. En el caso de la Vall de Miarnau se cita la existencia a cien metros de la cista de una mancha oscura con materiales arqueológicos, un área de posibles fondos de cabaña, sin precisión cronológica.

Es preciso también situar en su contexto la peculiar construcción de la sepultura: una cista rodeada de un túmulo enlosado con una corona de losetas concéntricas y una serie de lajas hincadas radialmente a intervalos regulares.

Pese a que carece de la monumentalidad de las construcciones megalíticas representativas en nuestra zona del colectivismo funerario neo-eneolítico, en su función y recursos constructivos responde a una misma idea, aunque evolucionada. Las cistas no son numerosas en el área pirenaica occidental, por más que puedan rastrearse construcciones semejantes entre los llamados dólmenes de montaña ya desde los primeros momentos del megalitismo (las de Onyi, Mulisko, Atxitxia, Lejazar o Guarrinza 8-1 por ejemplo). Lo que confiere originalidad a la construcción bardeñera es su geometría funeraria: el cofre funerario en el centro, el empleo de la técnica de anillos y de lajas radiales en el túmulo, como sistema constructivo.

El anillo o cinturón de piedras intratumular es un recurso común rastreable en numerosas construcciones megalíticas de nuestra área geográfica⁸ y resulta un elemento recurrente cuando se excavan los túmulos de los dólmenes. En forma de piedras hincadas o peristilito, a la vez que aguantaba los empujes de la cubierta y sostenía el túmulo, formaba parte de la geometría simbólica del conjunto, acotando el espacio funerario, quizás de carácter sagrado. En Llanos de Escudero II esta condición sustentante primigenia ya se había perdido, por lo que su significado se nos antoja más simbólico o de otro tipo (¿quizás astronómico?) que propiamente funcional, aunque no podemos ir más allá en esta presunción ante lo escaso de las evidencias.

El segundo aspecto, la disposición de las losas radiales ("en reloj"), es también un recurso de la arquitectura megalítica, aunque en este caso los modelos son más escasos y remiten a dos ámbitos contrastados. Salvando las distancias geográficas, culturales y de monumentalidad, se pueden encontrar analogías para esta solución constructiva en ámbitos mediterráneos, como el sepulcro de corredor de Ca Na Costa en Formentera (Fernández Gómez, J. 1978) o los dólmenes catalanes de La Torre dels Moros (Llanera), Puig Roig

(Torrent) (Pericot, L. 1950) o Más Pla (Valldossera) (Mestres, J. 1982: 120). En el valle del Ebro únicamente conocemos el caso de la sepultura 2 de Riols, aunque aquí la disposición radial no resulta tan regular (Royo Guillén, J. I. 1992: 51).

Por las dimensiones del monumento, la presencia de túmulo enlosado, las dimensiones de la cista (rondando el metro de longitud) y el acceso al cofre exclusivamente a través de la losa de cubierta (en nuestro caso desaparecida), el monumento de Llanos de Escudero II responde al mismo concepto de determinadas construcciones megalíticas evolucionadas del interior de Cataluña, preferentemente en el Solsonés, como Colomera, Bescarán o Bressol de la Mare de Deu (Pericot García, L. 1950: 46-50), que cuentan con una industria cerámica que remite al Bronce Medio (Maya González, J. L. 1977: 85). Para este investigador el aspecto empedrado de estas construcciones funerarias constituye un prelude de lo que después serán los túmulos "hallstáticos" del área del Cinca-Segre (el entrecomillado es nuestro), con excelentes ejemplos de esta tipología en La Colomina, Roques de Sant Formatge, Pedrós, Las Valletas o Los Castelletts II, etc. En esta última existen algunos túmulos como el 14 (y quizás menos claramente el 27), que, a juzgar por su forma (túmulo encachado circular de entre 4 y 5 m. de diámetro con cista central), ritual (inhumación simple o múltiple) y cronología (1090±140 a. C.) podrían considerarse como un elemento de enlace entre el megalitismo tardío de la Edad del Bronce y el horizonte cultural de los Campos de Urnas Antiguos del Bronce Final II (Royo Guillén, J. I. 1990: 127-128). Es dentro de este contexto cultural en el que consideramos debe entenderse el monumento de Llanos de Escudero II, que haría de enlace entre el megalitismo terminal y las necrópolis tumulares de Campos de Urnas Recientes del valle medio del Ebro (tipo El Castillo de Castejón, etc.).

No obstante, pueden rastrearse también paralelos en un ámbito geográfico cerca-

no, aunque creemos que cultural y cronológicamente más alejados. Nos referimos a los cromlechs o baratzak de Apatesaro 4 (Blot, J. 1984) y Méatsé 8 (Blot, J. 1995) (Figura 4). Se trata en ambos casos de construcciones singulares dentro del panorama de los cromlechs pirenaicos. Se caracterizan por carecer del típico círculo de piedras periférico y por contar con una estructura constructiva muy similar a la de Llanos de Escudero II: una cista central, una corona periférica de bloques dispuestos "como los radios de una rueda en relación al centro del monumento" y un círculo interior intermedio, formado por bloques distribuidos unos sobre otros o de forma más o menos contigua. Sus dimensiones son también semejantes a las del monumento bardenero, con un diámetro entre 4,3 y 5 m. y una altura entre 0,30 y 0,70 m. Aunque con una cronología antigua en su contexto (Méatsé 8 cuenta con una data de 1015±50 a. C.), por su ritual funerario de incineración estos singulares monumentos de alta montaña se relacionan más con la costumbre de la incineración del último milenio a.C. que con las construcciones megalíticas de la Prehistoria Reciente.

Sobre la cronología de este "horizonte" de cistas tumulares, ya se han citado las dataciones absolutas disponibles para Méatsé 8 y Los Castelletts II nº 14. Ambos monumentos ejemplifican, en sus respectivas áreas geográficas, momentos precoces de introducción del ritual incineratorio, más o menos directamente ligado a la difusión de los grupos culturales de Campos de Urnas del Noreste. Estas fechas, más antiguas en el valle del Ebro (en torno al 1080, coincidente con las fechas de hábitats como la Cueva del Moro de Olvena, Carretelá o Genó) que en el Pirineo Occidental, señalarían el momento *ante quem* para la datación del sepulcro bardenero. Los paralelos cronológicamente más próximos y que mejor ubican culturalmente el sepulcro de Llanos de Escudero II son los ya citados de la sepultura 2 de Riols I, con grandes similitudes constructivas, fechada en el 1330±60 a. C., y de Vall de Miarnau, que se data en 1575±50 a. C. Esta cronología del Bronce Medio cuadra-

ría con los materiales recuperados en el sepulcro, pues tanto el recipiente carenado como el vaso con barro plástico cuentan con buenos referentes en la secuencia de poblados como Monte Aguilar o Puy Águila (Sesma, J. y García, M^a.L. 1994: fig. 13). Idéntica cronología tendrían la mayor parte de las cerámicas del hábitat destruido, a juzgar por su tipología y demás aspectos técnicos (recubrimiento con barro plástico poco abultado, mamelones dobles, etc.).

Sin embargo, la industria lítica resulta discordante con esta valoración, pues hay rasgos en ella tanto tipológicos (presencia de microlitos geométricos) como tecnológicos (abundancia de la talla laminar) que remiten a un momento indudablemente más antiguo de la Prehistoria Reciente, durante el III o IV milenio a.C. Poco puede precisarse a este respecto, pues hay que tener en cuenta que nos hallamos ante materiales privados de su contexto arqueológico, ya perdido irremediamente, a los que se atribuye un común origen, pero en los que no deben descartarse circunstancias (elementos de un hábitat precedente, piezas perdidas durante cacerías, pasadas temporales itinerantes, etc.) que pueden haber contribuido a la formación de un depósito que en la actualidad apreciamos como unitario.

Pese a que carece de la monumentalidad de las construcciones megalíticas representativas del enterramiento colectivo de la Prehistoria Reciente, en su función y técnica constructiva el sepulcro de Llanos de Escudero II responde a una idea evolucionada dentro de esta práctica funeraria. La dispersión de este tipo de construcciones megalíticas la sitúa, en el estado actual de la investigación, casi como un elemento aislado en el valle alto y medio del Ebro. La tipología de sus materiales y los paralelos documentados inducen a situarla durante la Edad del Bronce, posiblemente en la segunda mitad del II^o milenio a.C. Este período resulta poco conocido, especialmente en lo que se refiere a las manifestaciones funerarias. Dando por admitido que en este momento dejaron de construirse los gran-

des contenedores megalíticos, que a lo sumo se reutilizaron esporádicamente, y que solamente se erigieron algunas cistas como la presente, reflejo de nuevas costumbres sociales (presencia de determinados personajes que se distinguen por la forma de su tumba), rituales (generalización de la inhumación individual o a lo sumo en cortas asociaciones), etc., asalta la duda de cuál pudo ser la forma "masiva" de enterramiento de esta gentes, algo que por el momento queda en la penumbra para muchas zonas de la Península Ibérica (Fábregas, R. y Bradley, R. 1995).

Hacia una propuesta para la conservación.

El Parlamento de Navarra promulgó la Ley Foral 10/1999, por la que se declaró Parque Natural las Bardenas Reales de Navarra. Desde entonces el Parque se rige por el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales, aprobado por el Decreto Foral 266/1998, de 7 de septiembre, que en lo concerniente al Patrimonio Cultural establece la necesidad de investigar, conservar y divulgar el Patrimonio Arqueológico.

La puesta en valor de restos arqueológicos es una práctica cada vez más habitual en nuestra sociedad, como iniciativa que aúna fines científicos, turísticos y didácticos. En el caso de Llanos de Escudero se trataría de la primera actuación de este carácter en las Bardenas Reales de Navarra, que hasta la fecha no cuenta con ningún elemento de revalorización de su Patrimonio Histórico. Esta propuesta presenta además el interés de ayudar a la conservación de este monumento. La falta de una intervención conservadora a corto plazo puede entrañar su progresiva degradación debido a la erosión, pues de continuar en el estado actual, y pese a las sucesivas labores de mantenimiento de los restos aplicando tierra a modo de cubierta y desviando las aguas de escorrentía que se llevan a cabo, Llanos de Escudero II puede quedar destruido en el plazo de unos años.

Ahora bien, cualquier actuación debe llevarse a cabo sin que suponga un deterioro o transformación de sus características naturales, pues el sepulcro se ubica en un entorno natural sumamente frágil y que goza del máximo grado de protección legal en el ámbito medioambiental. La Comunidad de Bardenas inició en 1997 un Plan Básico de Regulación del Turismo, que establece las normas por las que se ha de regir cualquier actividad de este tipo, fijando una red de 15 itinerarios, que permiten un acercamiento al territorio bardenero compatible con la preservación de su ecosistema. Por consiguiente, el acercamiento a Llanos de Escudero se acomodará a esta condición, resultando únicamente accesible a pie siguiendo el camino que conduce al corral de Escudero y desde allí al yacimiento, desde el que apenas dista 75 m. Su cercanía al camino de circunvalación del polígono de tiro y la presencia física de los elementos de cubierta pueden ser elementos suficientes para acercar el yacimiento al visitante, labor que en todo caso sólo precisaría de algún cartel señalizador en los cruces de camino.

Nuestra propuesta para la conservación y puesta en valor parte de varios principios;

1º- La conveniencia de consolidar los restos de la estructura, confiriéndoles estabilidad para su permanencia a la intemperie. Esta labor debe ser sumamente respetuosa, empleando productos compatibles con la conservación del monumento (p.ej. rejuntado mediante argamasa de cal) y que no entorpezcan la comprensión de su aspecto original (cubriendo las juntas mediante arena, reponiendo la losa de base de la cista, etc.).

No somos partidarios de rehacer la zona perdida, pese a lo fácil que esto podría resultar dada la regularidad constructiva descrita, pues en nada contribuye a la conservación del monumento. Al contrario, creemos más interesante recuperar la morfología original del sepulcro recreando la parte del túmulo perdida, sin mostrar su estructura arquitectónica, sino simplemente presentándola como el

aspecto que debió tener en origen: un túmulo de tierra bajo, de aspecto alomado. Se trata de una solución totalmente inocua, reversible y que en nada afecta al original.

En el entorno del sepulcro debería recuperarse el nivel de suelo perdido, que permita comprender el aspecto original del sepulcro y preservar el subsuelo fácilmente erosionable.

2º- Minimizar la acción directa de los elementos. Los agentes meteorológicos son el principal agente destructor en la zona, pues dan lugar a diferentes procesos de alteración de la piedra arenisca (fisurado, disolución, formación de vacuolas, etc.), fácilmente detectables en las propias rocas que formaron la base del yacimiento y que a la larga llevarían a su total ruina. Por ello, los restos deben quedar cubiertos mediante una estructura que resulte integrada en el paisaje. Por esta razón, su puesta en valor debería pasar por la colocación de una cubierta que impida la acción directa de la lluvia, simulando en su morfología el tipo de corrales bardeneros. Se dispondría una tejavana de dimensiones no demasiado grandes, con cubierta a una sola vertiente hacia el S, de escasa altura y morfología apaisada, todo ello en formas similares a muchas cabañas actuales de las Bardenas.

Se debe evitar también la actuación de la escorrentía superficial, el principal factor que llevó a la pérdida de la mitad occidental del sepulcro. Por ello la propuesta comprende la ejecución de un muro bajo en piedra del lugar, que acomodándose a la planta de la cubierta, con el lógico voladizo de aquella, lo circunde desviando las aguas de arrollada. Este muro debe impedir además el paso del ganado, que con su pisoteo puede contribuir al deterioro. Mediante la apertura de un vano hacia el SE, la zona más resguardada, se ordenará también el acceso de los potenciales visitantes y se podrá colocar información (panel en material resistente a la intemperie) en un punto protegido.

Como plasmación gráfica de estas ideas, se ofrece una reconstrucción virtual del aspecto que podría tener el lugar una vez realizado su acondicionamiento (Figura 9).

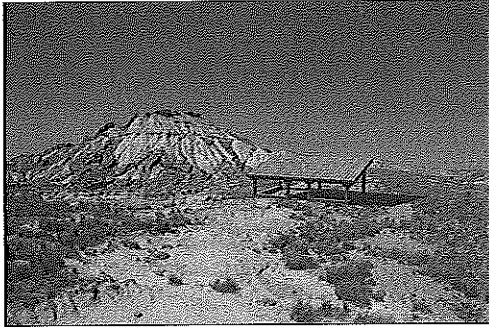


Figura 9. Reconstrucción virtual de la cubierta sobre el sepulcro de Llanos de Escudero II.

Pamplona, octubre de 2006

BIBLIOGRAFÍA:

- BLOT, J. (1984). *Le tumulus Apatesaro 4, compte rendu de fouilles 1982*. Munibe. 36. pp. 99-104.
- BLOT, J. (1995). *Le cromlech Méatsé 8, compte rendu de fouilles 92-93*. Munibe. 47. pp. 203-212.
- BUTZER, K. W. (1989). Arqueología – Una ecología del hombre: Método y teoría para un enfoque contextual.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROJO GUERRA, M. (1997). *C14 y secuencia megalítica en La Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos*. O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo. (A. Rodríguez Casal ed.). pp. 391-414.
- ELÓSEGUI, J. y URSÚA, C. (1990). Las Bardenas Reales.
- FABIÁN GARCIA, J. F. (1992). *El enterramiento campaniforme del tímulo I de Aldeagordillo (Ávila)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología. LVII. pp. 97-132.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1994). *Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme*. Revista de Arqueología. 157. pp. 22-31.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y BRADLEY, R. (1995). *El silencio de las fuentes. Prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo*. Complutum. 6. pp. 153-166.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. H. (1978). *Ca na Costa a Formentera, el primer monument megalitic de les illes Pitiüses*. Fonaments: prehistoria i mon antic al Paisos Catalans. Pp. 208-209.
- INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA (1976). Mapa Geológico de España E. 1:50.000. Hojas 245 Sádaba y 283 Fustiñana.
- IRIARTE, M^a. J. (2001). *Un caso paradigmático de antropización del medio vegetal. El poblado de la Edad del Bronce de Puy Águila I (Bardenas Reales, Navarra)*. Trabajos de Arqueología Navarra. 15. pp. 123-136.

- ITÚRBIDE, J. Coord. (1999). El Parque Natural de las Bardenas Reales.
- JIMENO JURÍO, J. M^a (Dir.) (1993). Toponimia y Cartografía de Navarra. XV. Bardenas Reales. Nafarroako Toponimia eta Mapagintza. XV. Erregeren Bardeak.
- GIL MASCARELL, M.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1986). *Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura*. Saguntum. 20. pp. 35-41.
- LECUMBERRI, F.; REY, J. y ROYO, J. I. (1992). *Estudio de materiales del poblado neolítico de Riols I (Mequinzena, Zaragoza)*. Campaña 1990. Arqueología Aragonesa 1990. pp. 47-53.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1963). *Notas sobre la cultura megalítica navarra*. Príncipe de Viana. 60. pp. 285-304.
- MARCOS POUS, A. (1970). *Excavación de una cista con doble inhumación del vaso campaniforme en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño)*. Noticiario Arqueológico Hispánico. XIII. pp. 384-401.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1977). Lérida Prehistórica.
- MORÁN, M.; GONZÁLEZ, J. R. y PRADA, A. (2002). *Una sepultura en cista en la Vall de Miarnau (Llardecans, Lérida)*. XVIII Congreso Nacional de Arqueología. Bolspan. 19. pp. 37-51.
- MÚJICA ALÚSTIZA, J. A. (1992). *Los dólmenes simples del País Vasco. Aspectos constructivos y cronológicos*. Illunzar 94. Jornadas de Arqueología Megalítica. pp. 9-20.
- SCHUBART, H. (1964). *Grabungen auf dem Bronzezeitliche Gräberfeld von Atalaya in Süd-Portugal*. Madrider Mitteilungen. 16. pp. 80-119.
- SOPENA, M^a C. (1998). Estudio geoarqueológico de los yacimientos de la Edad del Bronce de la Comarca del Cinca Medio (Huesca). Bolspan. Revista de Arqueología Oscense. 15.
- ROYO GUILLÉN, J. I. (1987). *El poblado y necrópolis prehistóricos de "Riols I", Mequinzena, Zaragoza*. Campaña de urgencia. Arqueología Aragonesa 1985, pp. 31-35.
- ROYO GUILLÉN, J. I. (1990). *La necrópolis de los Campos de Urnas del Valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario Celtibérico*. II Simposio sobre Celtiberos. Necrópolis celtibéricas. pp. 123-136.
- ROYO GUILLÉN, J. I. (1992). *Estudio de materiales del poblado neolítico de Riols I (Mequinzena, Zaragoza)*. Campaña de 1990. Arqueología Aragonesa. 1990. pp. 47-53.
- SESMA, J. y GARCIA, M^a L. (1994). *La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra*. Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra. 2. pp. 89- 218.
- TARRÚS I GALTER, J. (2002). Poblats, dòlmens i menhirs. Els grups megalítics de l'Albera, serra de Rodes i cap de Creus (Alt Empordà, Rosselló i Vallespir Oriental).

NOTAS:

¹ Las referencias toponímicas al nombre están tomadas del plano a 1:10.000, que sirvió en su día de base para la prospección. El numeral obedece a la existencia de un primer yacimiento inventariado con el mismo topónimo, de época romana. En la bibliografía específica (Jimeno Jurío, J. M^a Dir. 1993: 73) se conocen otros términos análogos (Plana de Escudero) o que hacen referencia a su situación en un entorno recogido (Rincones de Escudero) en las proximidades de una plataforma tabular más amplia (Caídas de Escudero). Como ocurre en muchos topónimos bardeneros, su origen es reciente (las referencias más antiguas publicadas datan para este caso de 1926) y tiene que ver con una construcción ganadera actual, el corral epónimo. El corral de Escudero es uno de los 74 existentes en las Bardenas y se encuentra en buen estado de conservación, según señala el estudio monográfico redactado por Jesús Elósegui en 1988 para Estudio del Plan de Ordenación de Recursos Naturales de Bardenas.

² Según la cartografía y memoria del I.G.M. (1976).

³ Este proceso básico puede dar lugar a yacimientos en distintos grados de alteración y a acumulaciones de diversos tipos, según analiza M^a Cruz Sopena para la comarca del Cinca Medio (Sopena, M^a C. 1998: 87 y ss.), señalando sus fases evolutivas. Estos mecanismos y fases de evolución pueden mantenerse en líneas generales para la Bardenas Reales de Navarra.

⁴ La intervención se llevó a cabo entre el 5 y el 22 de mayo del mismo año y fue costeada por la Dirección General de Cultura y la Universidad de Navarra. Participaron, bajo la dirección de quienes suscriben, los licenciados Amparo Laborda y Mariano Simués, el arquitecto Aitor Iriarte y los estudiantes de 2º grado Luisa Rodríguez, Marta Asensio y Fernando González. Se excavó primeramente una superficie de 6 x 7 m., englobando los restos de la cista y el túmulo circundante. Se practicaron dos catas más, una de 2 x 1 m. en una segunda posible estructura funeraria (conjunto 2) y otra de iguales dimensiones en la acumulación de ladera del cerro.

⁵ Hemos de indicar, que ante la falta de certeza de recuperar datos arqueológicos de interés bajo el túmulo (recuérdese lo señalado para la cámara) y la gran parte que ya se había perdido, se decidió no desmontarlo para llevar a cabo la excavación infratumular. La fragilidad de las areniscas, muchas de ellas fisuradas y que no podrían recuperarse si se retiraban, y la certeza de que con ello sólo se podría potenciar la fuerte erosión que amenaza al monumento, nos reafirmaron en esta estrategia.

⁶ La referencia a la tipología cerámica se toma de Sesma, J. y García, M^a.L. (1994).

⁷ Existen varios intentos por establecer una diferencia entre dólmenes simples y cistas, (Mújica, Chevalier, Leroi-Gourhan, etc.), respondiendo tanto a factores tipológicos como cronológicos. Siguiendo un criterio tipométrico T. Andrés (T. Andrés Rupérez, 1978: 20), considera cistas aquellas estructuras cuya superficie no supera 1 m². J.

Maluquer de Motes las diferencia de los dólmenes por la forma de acceso, éstas levantando la cubierta mientras que aquellos lo harían por alguna puerta o ventana (Maluquer de Motes, J. 1963: 130). Un resumen de la cuestión para nuestra zona puede consultarse en Mújica Alustiza, J.A. (1992), para quien la diferencia no es únicamente tipométrica, sino que obedece a cambios en el ritual, la cronología, etc.

⁸ Este tipo de cinturones se encuentran en varias zonas de los monumentos. Se pueden situar rodeando la cámara (con ejemplos en La Cabaña 2, Andatza I o Galupa II) a modo de afianzamiento de las losas camerales. Se conocen también casos de anillos o peristalitos embutidos en la masa tumular, aunque las referencias no son demasiadas pues estas estructuras pocas veces han sido objeto de una excavación integral. Aún así, pueden citarse los casos de Napalatza o Arrolamendi I y II. Por último, existen también peristalitos en la periferia de los sepulcros, rodeando al túmulo, a modo de cierre o límite. Los ejemplos en esta última variante son más numerosos, pudiendo citarse Arrako, Arrolamendi I, Azpegi I, Cabaña 4, Las Foyas A, Gatzaga, Guarrinza 2-1, Guarrinza 5-5, Kutxazarreta, Lindus I, Ontzaburu, Pozontarriko Lepa, Puzalo (con muro de mampostería), Sokillete, Soroluxe, Trikuaizti I o Zorroztarri. Las referencias están tomadas de T. Andrés (1978) y J. A. Mújica (1992).

M^a LUISA GARCÍA

Doctora en Historia por la Universidad de Navarra, con la tesis "El poblamiento romano y medieval en las Bardenas Reales de Navarra", defendida en 1993. Ha centrado su investigación en el terreno de las Bardenas Reales y en especial en la arqueología de época romana, ejerciendo como profesional libre. Ha desarrollado también trabajos de investigación etnológica, con especial atención a la alfarería popular.

JESÚS SESMA

Doctor en Historia por la Universidad de Navarra, con la tesis "La ocupación protohistórica de las Bardenas Reales de Navarra. Un modelo de evolución de las Edades del Bronce y Hierro en el SE de Navarra", defendida en 1994. Es arqueólogo de la Dirección General de Cultura del Gobierno de Navarra, donde compagina desde 1996 la gestión arqueológica en edificios históricos (Castillo de Marcilla, Catedral de Tudela, San Saturnino de Artajona, etc.) con la investigación sobre la Prehistoria Reciente en Navarra, desde el Neolítico a la Edad del Bronce.

RESUMEN

Se presentan los resultados de la excavación en el poblado y sepultura de Llanos de Escudero II (Bardenas Reales de Navarra). La sepultura, una cista con túmulo plano, presenta una particular técnica constructiva. Este dato y los escasos paralelos existentes en el noreste peninsular permite situarla en la Edad del Bronce, durante la segunda mitad del II^o milenio a.C.

El objeto de este artículo es dar a conocer el hallazgo y excavación de un yacimiento singular en la Prehistoria del valle del Ebro, situado en una zona de Navarra apenas valorada desde el punto de vista histórico hasta hace escasos años, por venirse considerando como de nulo interés para la ocupación humana y por lo tanto deshabitada.